

HISTORIA DE LAS MENTALIDADES, HISTORIA SOCIAL

Carlos Barros

Universidad de Santiago de Compostela

La constante preocupación de los fundadores de la revista y de la escuela de los *Annales* (1929), Marc Bloch y Lucien Febvre, por hacer una historia sintética, total, les condujo a estudiar tanto las bases económicas como las bases psicológicas y culturales de los hechos históricos: en lucha con una historia positivista, tradicional, que «profesa la sumisión pura y simple a los hechos»¹, y con una historia de la filosofía que separa las ideas del tiempo, del espacio, de la vida social². Resultando por un lado una historia económica y social que poco a poco hegemoniza —a la par que crece la influencia del marxismo en las ciencias sociales— la producción historiográfica entre el final de la II Guerra Mundial y 1969; y por el otro, una historia de las mentalidades que reaparece con tal fuerza en los años 70 y 80 que es justamente reivindicada como el emblema del éxito de la *Nouvelle Histoire*³, como su último triunfo innovador, puesto que ahora, se asegura: «Las grandes revoluciones son de ayer. Explotamos lo adquirido, de una manera que no siempre es atinada»⁴.

El caso es que junto a la gestión y difusión de los conocimientos adquiridos la historiografía tiene hoy un gran problema que resolver,

¹ L. FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, 1975, p. 180.

² L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París, 1953, pp. 278, 288.

³ J. LE GOFF, Prólogo a la segunda edición de *La Nouvelle Histoire*, París, 1988, p. 10.

⁴ Pierre Chaunu responde así a la encuesta «Où va l'histoire?» de la revista *Le Débat*, n.º 23, 1983, p. 174; Jacques Le Goff abunda cinco años después en lo mismo: *Pasar de una época de pioneros a una época de explotadores y de productores no es nada deshonroso ni frustrante. El término de epígonos no es forzosamente peyorativo*, op. cit., p. 11.

derivado justamente de la diversidad de métodos, temas y saberes acumulados últimamente: ¿cómo articular todo ello al objeto de impedir la fragmentación de la historia en múltiples disciplinas especializadas y autónomas, dependientes de tal o cual ciencia social fronteriza?, ¿cómo ser más fieles al principio metodológico de una historia global, substancial a la historia como ciencia social? Un aspecto que consideramos vital de esta problemática, que se anuncia como el eje del debate para los años 90, es hacer converger, en la práctica investigadora y en la teorización historiográfica, la historia social y la historia de las mentalidades, líneas de investigación que se mantienen separadas.

Del sótano al granero

El formidable salto que han dado en los pasados veinte años los historiadores franceses, desde Philippe Ariès a Michel Vovelle, de lo económico a lo mental, desde el sótano al granero, es desde luego la conquista valiosa de un nuevo territorio. ¿Puede una historiografía importante, sea o no materialista, dejar de plantearse la exploración de la acción psicológica de los hombres, sin renunciar a una explicación global de la historia? La verdad es que hubo intentos anteriores —aparte de las aportaciones individuales de Norbert Elias y Erwin Panofsky, entre otros—, o paralelos, a *Annales* de avanzar hacia una psicología histórica, pero con ninguno se logró resultados tan amplios y fructíferos tanto en el mundo universitario y de la investigación como en el ámbito de la divulgación histórica; la psicohistoria norteamericana arrastra dificultades para ser aceptada plenamente en los medios profesionales, y la antropología histórica ha alcanzado un perfil propio como disciplina gracias al auge de la historia de las mentalidades.

El problema del investigador que quiere en este momento adentrarse por los nuevos senderos de lo mental colectivo no consiste solamente en decidir qué tema, qué fuentes y qué metodología seguir: precisa resolver la duda de que si tales incursiones en los nuevos territorios entrañarán o no la pérdida irreparable de las viejas tierras antaño recorridas, descubiertas y explotadas con mucho esfuerzo y con buenos resultados. Pérdida cuya inutilidad e impropiedad epistemológica parece deducirse de una historia de las mentalidades que, presentada como alternativa a la historia económico-social, confronta entre sí las diferentes etapas de la historia de *Annales*, abriendo una fisura muy seria en el amplio consenso científico del que ha gozado hasta el presente la nueva historia, dentro y fuera de Francia, lo que beneficiaría en primer término la vuelta por los fueros de la historia tradicional, ya veremos con que ropaje.

En resumidas cuentas, se trata de no reproducir, en otro contexto, los excesos cometidos al denunciar la historia narrativa y de acontecimientos (señalemos que ello coadyuvó a la desatención de la *Nouvelle Histoire* hacia los conflictos, revueltas y revoluciones) en nombre de la historia económica y social; la práctica investigadora y divulgativa de una historia de las mentalidades al margen o en contraposición con la historia social y económica, podría conducir a cierta marginalidad de ambas, de la primera en favor del enriquecimiento de otras ciencias sociales mejor preparadas para el análisis del «tercer nivel», y de la segunda en beneficio de la moda del momento, lo cual en parte ya está ocurriendo. Tengamos muy en cuenta que la historia de las mentalidades, además de una formidable apertura totalizadora de la historia a nuevos objetos, es una moda cultural cuyo éxito entre el público no especializado es indefectiblemente transitorio, provisional.

Huyamos de las falsas alternativas. La ventaja del relativo retraso de la historiografía española en la incorporación plena al estudio de las mentalidades, es que posibilita aprender, sin el lastre previo de líneas de investigación consolidadas, de las luces y de las sombras de los resultados obtenidos por la historiografía francesa, que reconoce en su balance el debe y el haber: «La historia de las mentalidades, como fórmula encuentra su pleno éxito en el momento mismo cuando, como manera de actuar, ella parece revelarse la más frágil»⁵. Para ello es pues necesario que analicemos sumariamente cómo evolucionó el concepto de historia de las mentalidades, su enfoque metodológico y la investigación a que dio lugar en Francia durante la expansión de las últimas décadas.

Distinguiamos claramente tres tiempos: el relanzamiento de la idea en los años 60, el impulso decisivo de los años 70 y el apogeo crítico de los años 80. Momentos importantes de dicho proceso son las obras colectivas: *L'Histoire et ses méthodes* (1961), *Faire de l'histoire* (1974), *La Nouvelle Histoire* (1978), *Dictionnaire des sciences historiques* (1986).

El relanzamiento de los años 60 está esencialmente en línea con la propuesta originaria de Bloch y Febvre en el período de entreguerras: (1) *Una historia de las mentalidades vinculada a la historia social*⁶. A finales de la década Georges Duby respondía a una pregunta sobre «los problemas y las perspectivas para la constitución de una historia social

⁵ J. REVEL, «Mentalités», *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 456.

⁶ Philippe Ariès remarcará posteriormente como para la primera generación de *Annales* la historia de las mentalidades *no era en realidad más que un aspecto, una faceta de una historia más amplia que se llamaba historia social*, «L'histoire des mentalités», *La Nouvelle Histoire*, París, 1978, p. 404.

de las lógicas mentales y las categorías ideológicas», diciendo que «evidentemente, ése es el objetivo. Pienso que habrá que esperar mucho tiempo antes de que esta historia sea posible, pero me parece que es un objetivo apasionante»⁷; al tiempo que manifestaba la preocupación de caer en la tentación idealista de explicar la historia por la mentalidad, concediéndole a ésta una autonomía excesiva⁸. (2) *Una historia de las mentalidades vinculada a la psicología colectiva*. En su trabajo pionero definiendo la nueva especialidad, fechado en 1961, Duby propone la historia de las mentalidades como un «plan de investigación de una historia verdaderamente psicológica», convocando a los historiadores a «conceder una atención particular a una de las ciencias que arrastran, especialmente joven y conquistadora: la psicología social»⁹; y en 1960 Alphonse Dupront presenta una comunicación en el XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas planteando la necesidad de la «historia de la psicología colectiva», rigurosamente científica, como una nueva disciplina particular de la historia, con su materia y sus métodos, demandando para ello «un esfuerzo internacional metódicamente concertado»¹⁰, que al final no se produjo, focalizándose en Francia la constitución de una historia de las mentalidades extendida sobre las disciplinas culturales tradicionales.

El impulso decisivo de los años 70 parte de un artículo clave de Le Goff publicado en 1974, *Las mentalidades: una historia ambigua*¹¹, donde el autor muestra sus reservas hacia la historia psicológica y social que se había estado haciendo —también Le Goff— en los años 60: «se habla mucho de historia de las mentalidades, pero se han dado pocos ejemplos convincentes», y se pregunta: «¿Hay que ayudarla a ser o a desaparecer?» La respuesta es positiva, e incluye el principio meto-

⁷ G. DUBY, «Historia social e historia de las mentalidades. La Edad Media, 1970», *La Historia hoy*, Barcelona, 1976 (París, 1974), p. 259.

⁸ G. DUBY, «Histoire des mentalités», *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, p. 965.

⁹ *L'histoire et ses méthodes*, pp. 942, 959; Mandrou subtitula sus libros de historia de las mentalidades, sin duda los más destacados en los años 60 de la naciente disciplina, haciendo explícita referencia a la psicología histórica (*Introduction à la France moderne. Essai de psychologie historique, 1500-1640*, 1961; *Magistrats et sorciers en France au XVII siècle. Une analyse de psychologie historique*, 1968), y en 1972 llama la atención sobre la importancia de la psicología social para el historiador, si bien considera que las posibles transferencias de conceptos de psicoanálisis «a una psicología social histórica» responden «por ahora» a procedimientos no científicos, *La Historia hoy*, Barcelona, 1976, pp. 273-275.

¹⁰ «Problèmes et méthodes d'une histoire de la psychologie collective», *Annales*, p. 16. 1961.

¹¹ *Hacer la Historia*, III, Barcelona, 1980 (París, 1974), pp. 81, 84, 85, 96.

dológico de *Annales* que guiaba la nueva historia de las mentalidades: «sería craso error separarla de las estructuras y la dinámica social. Es, al contrario, elemento capital de las tensiones y de las luchas sociales». Pero hoy sabemos que, salvo excepciones (*Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* —1978—, de Duby; Vovelle, Agulhon ...), el análisis del mental colectivo en las estructuras sociales, y más aún en los movimientos sociales, constituyó lo que la vieja carretera provincial para la nueva autopista de la historia de las mentalidades, que debía su auge y su atractivo, nos explica Le Goff, al «desarraigo que ofrece a los intoxicados de la historia económica y social». Objetivamente la historia social y la historia de las mentalidades se distancian, relacionándose incluso dicotómicamente: en el futuro el investigador bien trabajará en el campo de lo social bien trabajará en el campo de lo mental¹².

La principal contribución del citado artículo, que explica bastante bien el éxito del nuevo dominio así como su distanciamiento de la historia social, fue la proclamación de ambigüedad que se anuncia en su título: «La principal atracción de la historia de las mentalidades está precisamente en su imprecisión (...) Pese, o mejor a causa de su carácter vago, la historia de las mentalidades está en vías de establecerse en el campo de la problemática histórica». Y así ocurrió. La indefinición declarada, y mantenida año tras año, del concepto de mentalidad hizo posible su asunción por parte de una gran variedad de disciplinas históricas que de este modo renovaron sus planteamientos (dejándonos obras valiosas) y garantizaron mejor su difusión pública, aunque quince años después al contemplar dicha multiplicación y heterogeneidad metodológica y temática —consecuencia también de la declaración de ambigüedad— es muy difícil no ver el «cajón de sastre» que quería evitar Le Goff, quien por otro lado no deja de reconocer que «lo que aportará quizá la definición satisfactoria de esta palabra ambigua «mentalidad» será la medición cuantitativa de las masas de hechos, opiniones o expresiones verbales utilizando el método de las escalas de actitudes¹³». El uso de los métodos cuantitativos puestos a punto por los psicólogos sociales no obstante se relega, como en la década anterior, a un futuro

¹² Michel Vovelle constata, en 1979, la existencia de una última generación de historiadores de las mentalidades «sin formación ni arraigo de historia social». *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985 (París, 1982), p. 97.

¹³ Camino que hemos seguido, fructíferamente, para investigar las actitudes de los partidarios y de los oponentes a la revuelta de la *Santa Irmandade* de 1467. *Mentalidad y revuelta en la Galicia irmandiña: favorables y contrarios*. Universidad de Santiago de Compostela, tesis doctoral en microficha n° 46, 1989.

indefinido —«los historiadores y psicólogos algún día deberán encontrarse y colaborar»—, a la vez que crecen en importancia las lecciones que la antropología, la otra ciencia social fronteriza, aporta a la historia de las mentalidades. Hasta el punto de que, en este momento, buena parte de la escuela de *Annales* más que historia de las mentalidades hace antropología histórica, por lo demás sumamente interesante.

En 1978 Le Goff presenta la edición del diccionario *La Nouvelle Histoire* saludando el clamoroso y sorprendente éxito del libro *Montailou, village occitan* de Le Roy Ladurie, del cual se habían vendido 180.000 ejemplares entre noviembre de 1975 y abril de 1978, como la prueba visible de que «esta empresa está en el buen camino»¹⁴. *Montailou* como obra maestra de la antropología histórica, añade Le Goff más adelante en el citado libro, «manifiesta bien el deseo totalizante de la historia nueva que el término de antropología histórica, sustituto dilatado de la historia, expresa sin duda de la mejor manera»¹⁵; concluyendo así: «Pero la historia económica y social, en la forma que la practicaban los *Annales* del primer período, no es ya el frente pionero de la historia nueva: la antropología (...) ha devenido el interlocutor privilegiado»¹⁶. Ariès constatará asimismo en su artículo sobre las mentalidades «la decadencia de los sujetos socio-económicos»¹⁷, y el mismo Michel Vovelle en enero de 1979, en un seminario —a contracorriente— del Institut de Recherches Marxistes acerca de «Mentalidades y relaciones sociales en la historia», anota que la «historia de las mentalidades es hoy una causa ganada (...) en Francia al menos, las mentalidades, en tanto locomotora de la historia, parecen haber destronado la historia económica, y aun la historia social»¹⁸.

De manera que a la inquietud típica de los años 60 de «atribuir a las estructuras mentales una autonomía demasiado profunda con respecto a las estructuras materiales que las determinan»¹⁹, sucede primero el mentís, «la mentalidad no es reflejo» de las infraestructuras socioeconómicas, junto con el mantenimiento de que tampoco es «el renacimiento de un espiritualismo superado»²⁰, y por último —1986— la prohibición neta de tener «la menor tentación de un determinismo que

¹⁴ *La Nouvelle Histoire*, París, 1988, p. 24.

¹⁵ *Idem*, p. 37.

¹⁶ *Idem*, pp. 62-63.

¹⁷ *Idem*, p. 174.

¹⁸ M. VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, p. 86.

¹⁹ G. DUBY, «Las sociedades medievales: una visión de conjunto», p. 9.

²⁰ J. LE GOFF, «Las mentalidades: una historia ambigua», p. 95.

redujera lo cultural a lo social»²¹. Ahora bien, la historia de las mentalidades, es decir su versión más extendida y apartada de la historia social, no supone en nuestra opinión un rebrote apreciable de una historia tradicional de tipo idealista, por la sencilla razón de que por lo regular elude la búsqueda de explicaciones a los hechos sociales y políticos de mayor trascendencia, inmersa en un proceso de dispersión disciplinar y de enfriamiento del interés por la historia-problema.

En resumen, durante los años 70, el triunfo de la historia de las mentalidades, enseña y bandera de la nueva historia, tiene un coste historiográfico. La historia de las mentalidades ocupa el centro del escenario de la historiografía —Francia y sus zonas de mayor influencia—, innovando métodos y encontrando nuevos objetos —pero no nuevos sujetos—, desplazando a un lugar subordinado la historia económica y social, desvinculándose de ella y buscando la historia total más en la antropología que en la historia social, lo cual supone una sobresaliente discontinuidad en la historia de *Annales* —que levanta lógicamente no pocas críticas—, discontinuidad que tiene asimismo su reflejo en la sustitución de la psicología social por la antropología, en el puesto de colaboradora principal de la historia para la investigación del universo mental.

La verdad es que también ha cambiado el escenario, y la otra cara de la moneda del éxito de la *Nouvelle Histoire* en el terreno de la vulgarización histórica y de los medios de comunicación social, es una mayor dependencia de los consumidores de historia y de sus evoluciones mentales; lo que sumado al descenso de la influencia del estructuralismo y del marxismo en las ciencias sociales, obtenemos el marco objetivo en que tiene lugar el alejamiento de la historia social por parte de los sectores más renovadores de la historiografía francesa. Sin embargo, mientras esto acontecía en el continente la historia social florecía en el mundo angloamericano, ¿inciden distintos factores objetivos? Tal vez debamos nosotros mismos, historiadores, constituirnos en sujeto y cuestionar si la elección, la modificación o el reemplazo de un paradigma inherente a una ciencia social tiene que estar preponderantemente condicionado por la coyuntura social, ideológica y cultural. Quienes consideran que las ciencias sociales no existen como tales, o que la historia no es una ciencia, contestarán como es natural negativamente. Para los demás, la gran mayoría de los historiadores de profesión, recordemos, con Barraclough, que un «factor que obstaculiza la

²¹ J. REVEL, «Mentalités», *Dictionnaire ...*, p. 451; «Gènesi i crisi de la noció de 'mentalitats», *L' Avenç*, nº 106-7, 1987, p. 18.

adopción de una actitud nueva y más científica para con la historia es la ineptitud de los historiadores para disociarse de su propio medio»²².

Esplendor en la crisis

Conforme la historia de las mentalidades acrecienta el prestigio y, sobre todo, la popularidad, su presencia deviene formalmente invisible en el universo francés de la investigación histórica. Paradoja que ilustra el punto crítico que alcanza el fenómeno en el momento mismo de su eclosión. La pregonada vaguedad del afamado término alcanza de este modo su gráfica plenitud en los años 80.

Duby comentó las dificultades que tuvo hacia 1956 para fundar en Aix-en-Provence un seminario consagrado a las mentalidades medievales, le decían que «esa palabra no es francesa»²³. Posteriormente, entre 1965 y 1980, el término *mentalidad/es* está presente en la denominación de siete centros de investigación, cátedras o seminarios de historia: Aix (Vovelle), Besançon (Léveque), Montpellier (Cholvy), Collège de France (Delumeau), París VIII (Delort), Toulouse (Godechot), Tours (Chevalier); en cinco de estos casos se relaciona estrechamente, siguiendo el modelo Duby-Mandrou, la historia de las mentalidades con la historia social, en los dos restantes, se estudian las mentalidades religiosas²⁴. Todavía las tesis de Estado sobre mentalidades aparecen enumeradas debajo de la rúbrica «historia social»²⁵. Vayamos ahora a los seminarios de Historia (curso 1979-1980) de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, centro neurálgico de la *Nouvelle Histoire* en el campo de la investigación: sólo uno de ellos acoge el concepto de mentalidad, «Histoire sociale des mentalités modernes», dirigido naturalmente por Robert Mandrou; otro se denomina «Psychologie historique» (Morazé) y un tercero, «Psychologie collective et histoire de la civilisation européenne» (Dupront); el dato más revelador es desde luego la presencia de seis seminarios que se reclaman de antropología histórica (también etnohistoria, o antropología e historia), dirigidos por Jacques Le Goff, André Burguière —ambos de la redacción de *Annales*— y otros²⁶.

²² G. BARRACLOUGH, *Tendances actuelles de l'histoire*, París, 1980, p. 334.

²³ *Histoire sociale, sensibilités collectives et mentalités. Mélanges Robert Mandrou*, París, 1985, pp. 33-34.

²⁴ *La recherche historique en France depuis 1965*, París, 1980, pp. 85-99.

²⁵ *Idem*, pp. 125-126, 137-138.

²⁶ H. COUTAU-BEGARIE, *Le phénomène «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, 1983, pp. 263-267.

Finalmente, programa de seminarios y enseñanzas complementarias de la *École* para el curso de 1988-1989: ninguna referencia en los títulos a las nociones clásicas de mentalidad y psicología histórica, la solitaria psicología colectiva de Dupront encabeza ahora una nueva sección, «Anthropologie historique», que emancipada de «Histoire» compite ahora con ella, a la vez que con la «Anthropologie sociale» de M. Godelier y otros; la nueva y pujante disciplina, animada por Le Goff, Schmitt y Burguière, incluye la arqueología y la cultura material, así como estudios demográficos, y aún está presente en los nombres de tres seminarios más del apartado-madre «Histoire»; la antropología histórica de la *École* será principalmente una antropología simbólica que pone al descubierto el nuevo dominio del imaginario colectivo, agente histórico eficaz y ausente por lo general del trabajo de investigación.

En fin, que en la práctica de los años 80 la escuela de *Annales*²⁷ no sólo ha sustituido la historia económica y social por la antropología histórica como frente pionero de la investigación histórica, sino que la antropología histórica reemplaza también a la historia de las mentalidades en su sentido estricto y original, a saber, como historia de las mentalidades sociales. De hecho los temas más en boga y más imitados de la *nouvelle* historia francesa de las mentalidades²⁸ no son sino materias antropológicas: familia, alimentación, cuerpo, sexualidad, enfermedad, fiesta, brujería... Estamos convencidos de que el libre desarrollo de las dos disciplinas, antropología histórica e historia de las mentalidades, exige ahora superar el malentendido que las confunde, levantando el sambenito de ambigüedad a lo mental, y respondiendo así a «las incesantes solicitudes de una historia social que ha impuesto demasiado tiempo parcelaciones a veces demasiado simples ...»²⁹; la originalidad renovadora de la historia de las mentalidades en sus comienzos, ¿no consistía precisamente en dejar atrás, ofreciendo respuestas complejas más satisfactorias, las relaciones demasiado simples y deterministas entre las infraestructuras y las superestructuras? Si despegamos el estudio del «tercer nivel» de la historia social, es imposible que digamos algo nuevo sobre las articulaciones base/superestructura. A no ser que la búsqueda de la totalidad histórica a través de la antropología incluya, además del imaginario y de la cultura material, la antropología social y política —el rol del poder—; en todo

²⁷ La revista ha dedicado, entre 1969 y 1976, nueve números especiales a cuestiones de antropología histórica.

²⁸ Véase por ejemplo L. M. DUARTE, «Historia das Mentalidades. (Algumas sugestões de leitura)», *Cadernos de Ciências Sociais*, n.º 4, 1986, pp. 85-117.

²⁹ J. REVEL «Mentalités», *Dictionnaire ...*, p. 456.

caso, las posibilidades de que una ciencia social sirva de base para que otra ciencia social pueda lograr un enfoque global están limitadas objetivamente porque las bases epistemológicas son distintas (el tiempo para la historia, el hombre para la antropología), y subjetivamente porque cada una de ellas tiene una larga y diversa tradición investigadora, académica, institucional. La potente tendencia actual a la superespecialización condiciona el éxito de la interdisciplinariedad a que se fundamente en la colaboración más que en la anexión. La antropología histórica es un foco interdisciplinario de investigaciones pioneras que benefician a las dos ciencias, pero difícilmente puede ser una alternativa para el conjunto de los historiadores —o para el conjunto de los antropólogos— en sustitución de la historia social.

La historia de las mentalidades coadyuvó a propiciar cosas historiográficamente importantes: reclamar la atención de todos los historiadores acerca de una materia de investigación que estaba prácticamente abandonada, una fértil y novedosa experiencia conjunta entre antropólogos e historiadores, la renovación de la historia religiosa, de la historia de las ideas, de la historia cultural, etc; pero ha fracasado en conseguir que la historia social y económica asumiese plenamente la dimensión de lo mental, basta ver cuántos investigadores, que animados por el ejemplo de *Annales* se habían hecho durante los años 60 historiadores de la sociedad y de la economía, no han seguido sin embargo el nuevo surco de la historia francesa de las mentalidades.

En su sentido más amplio la historia de las mentalidades es, recapitulando, la fórmula genérica que abarca principalmente —hoy, en Francia— tres grandes áreas de conocimiento: antropología, historia cultural e historia social. Las dos primeras no incluyen el concepto de mentalidad en la autodefinición de la disciplina, y la tercera sí pero suscita en la actualidad una menor atención, al decaer la historia socio-económica francesa como frente de investigación: la historia social es la pariente pobre pero honrada de la historia de las mentalidades.

La historia de las mentalidades nace también de la crítica a una historia de las ideas y de la cultura que analizaba su objeto sin tener en cuenta la sociedad y la psicología colectiva que regían en aquél tiempo³⁰. Lo cual ha servido para que la historia cultural se reformule como una historia sociocultural³¹, que adherida a la historia general de las

³⁰ J. REVEL, «Gènesi i crisi de la noció de 'mentalitats», *L'Avenç*, n° 106-7, 1987, pp. 11-12.

³¹ D. ROCHE, «De l'histoire sociale à l'histoire socio-culturelle», *Mélanges de l'École Française de Rome. Moyen Age-Temps Modernes*, 1979, t. 91-1; ni que decir tiene que tiene su origen en los años 60 la convergencia historia social/historia cultural, así en 1966, Braudel

mentalidades reivindica ésta³², al igual que la antropología histórica y en estrecho contacto con ella, expandiéndose como historia social de las ideas, sociología histórica de las prácticas y de los modelos culturales, nueva historia de la educación ... Asoma también en la última historia cultural cierta vocación de recambio respecto de la abstracta —y tal vez un poco desgastada por el uso ambiguo, pero bien implantada en el lenguaje historiográfico— denominación de origen «historia de las mentalidades», para cuyo cometido aporta su rico patrimonio de temas y métodos. En líneas generales, hay que decir que la historia cultural ha sabido renovarse manteniendo determinada continuidad entre la historia social y la historia de las mentalidades, a pesar de la tendencia general al divorcio.

Las obras artísticas y literarias son documentos privilegiados de la historia del imaginario que sugestionan al historiador de las mentalidades³³ atrayéndolo a los terrenos tradicionales de la historia cultural, participando de este modo en el ensanchamiento del campo de las mentalidades al conjunto de la superestructura de la sociedad.

La historia del imaginario³⁴ es, en este momento, el centro de atención hacia el que convergen las dos disciplinas académicas que hegemonizan en Francia la historia de las mentalidades, la antropología histórica y la nueva historia cultural —por ese orden—. Las representaciones imaginarias —imágenes, símbolos y realidades inventadas— desplazan el interés anterior por otras funciones mentales, y dan lugar a una nueva subdivisión temática de la historia de las mentalidades que dispersa el concepto inicial al mismo tiempo que lo amplía extraordinariamente³⁵.

y Labrousse presiden en París un coloquio acerca de *Niveaux de Culture et Groupes Sociaux* (las Actas fueron publicadas conjuntamente, en 1967, por la École y la Sorbona), que contó con la participación de DUBY, Le Goff, Vilar, Dupront, Hobsbawm ...; mientras que estamos, en 1989, planteándonos todavía conseguir enteramente el paso de la historia social a la historia social de las mentalidades.

³² R. CHARTIER, «História intelectual e história das mentalidades: uma dupla reavaliação», *A história cultural entre práticas e representações*, Lisboa, 1988, pp. 29-67 (*Revue de Synthèse*, n.º 111-112, 1983, pp. 277-307).

³³ J. LE GOFF, *L'imaginaire médiéval. Essais*, París, 1985, pp. III, 149-261; G. DUBY, *Mâle Moyen Age. De l'amour et autres essais*, París, 1988, pp. 74-117.

³⁴ Tema deudor en Francia de las notables elaboraciones que siguieron —o precedieron— al año 1968: P. M. SCHUHL, *L'imagination et le merveilleux, La pensée et l'action*, París, 1969, O. MANNONI, *Clefs pour l'imaginaire*, París, 1969, J. P. SARTRE, *L'Imaginaire*, París, 1970 (primera edición, 1940); C. CASTORIADIS, *L'institution imaginaire de la société*, París, 1975, 5.ª ed.

³⁵ El estudio del imaginario social nos ha permitido a nosotros aprehender la mentalidad popular *contraria* a la revuelta gallega de 1467, superando así la ausencia de datos documentales explícitos, C. BARROS, *Mentalidad y revuelta ...*, pp. 197-243.

Este segundo esplendor, que estamos refiriendo, de *Annales* en los años 80 (el primer apogeo fue con la historia social y económica en la posguerra), bajo la bandera de las mentalidades, tuvo —tiene— sus críticos cualificados. En 1981, François Furet se descuelga con un artículo en la revista *Le Débat*, dirigida por Pierre Nora (en la actualidad ambos directores de estudios en la *École*), que tiene por significativo título: «Al margen de los *Annales*. Historia y ciencias sociales». Furet pone en evidencia la vaguedad y cuestiona la falta de contenido de la palabra-emblema, reconociéndole una plasticidad metodológica «casi infinita», atribuyendo por otra parte a la historia de las mentalidades —que es a menudo «como un sustituto a la francesa del marxismo y del psicoanálisis», dice él— el caer en la «ilusión de que gracias a ella se percibe una suerte de social global, reunificando la infra y la super-estructura». En nuestra opinión para que eso tuviese visos de realidad sería preciso una redefinición del término que juntase la teoría de las mentalidades de los años 30 y 60 con los logros metodológicos últimos de la antropología histórica y la historia sociocultural. Furet achaca la notoriedad de las mentalidades a un sentimiento de nostalgia, a un deseo de volver «al mundo que hemos perdido»; y concluye afirmando que «esta prestidigitación semántica no ofrece adquisiciones reales de intelegibilidad», condena que hace extensible «incluso cuando ella se bautiza “etnológica”»³⁶.

El juicio negativo de Furet sobre la historia de las mentalidades no es más que una parte de una dura crítica/autocrítica global de la *Nouvelle Histoire*. «Todas esas batallas ganadas contra la estrechez y la auto-satisfacción de la disciplina, y que finalmente han fundado una institución, han extinguido poco a poco su razón de ser», afirma Furet, luego de intentar comprender «veinte y cinco años después, lo que queda de común entre nosotros, aparte de reminiscencias y sentimientos», y de responder asegurando que en la *École de Hautes Études* «no hemos rehecho ningún consenso historiográfico». Apreciaciones que, paradójicamente, rematan constatando que la escuela de *Annales* pierde razón de ser cuando alcanza su máxima influencia en Francia y en el extranjero, cuando a «falta de adversarios particulares, ella no recibe más que alabanzas generales»³⁷.

Dos años más tarde, en 1983, *Le Débat* vuelve a la carga en la misma dirección con una nota editorial que abre una encuesta, «¿Dónde va

³⁶ *Le Débat*, n.º 17, 1981, pp. 124-125.

³⁷ *Idem*, pp. 113-114.

la historia?»: la nueva historia es un astro muerto; multiplica investigaciones vacías de resultados; la investigación de vanguardia está ya en otra parte; la historia-problema está agotada; la historiografía está en un momento de transición; se busca otra historia³⁸. Pierre Chaunu es el primero en responder, con una llamada conservadora a explotar lo adquirido —incluido el «tercer nivel»—, aunque no deja de cuestionar la arribada, a través del discurso sobre el discurso, a una antropología histórica «un poco floja [*molle*], de la cual los verdaderos antropólogos no ven muy bien todavía lo que ella podría enseñarnos», y para concluir plantea la «libertad de elección» ante el hecho normal y sano de que la investigación en ciencias sociales obedece a corrientes de una plural sociedad civil (más adelante, no obstante, se muestra preocupado por una historiografía hoy demasiado cercana a las necesidades de una sociedad civil en crisis, marchando al «paso brusco de las modas contradictorias del momento»), escogiendo él la alianza con las ciencias duras: matemáticas, estadística, informática³⁹.

En nuestra opinión el aspecto central del debate sobre la escuela de *Annales* hoy, que dada su influencia en la historiografía española nos implica directamente, y en particular sobre el futuro de la historia de las mentalidades, que interesa al tema que estamos desarrollando, es el papel de la historia en relación con las ciencias sociales e incluso, más allá, con el conjunto de la sociedad. Furet en su provocador artículo de 1981 apunta su opción para salir de la crisis que atraviesa la nueva historia en la hora de su apogeo: borrar provisionalmente los tabiques que separan la historia de las disciplinas vecinas, y constituir un «saber global, ecuménico». No se trata claro está de perseverar en el objetivo de una historia total, que considera «inasequible», sino de renunciar a la «superstición» de la división cronológica y de la periodización, al pensamiento genealógico como factor definitorio de la historia, reivindicando, además del carácter histórico de lo inmóvil —lo que no tiene duda para nosotros—, la necesidad de privilegiar los objetos de larga duración para de esa manera converger mejor con las ciencias sociales⁴⁰.

³⁸ *Le Débat*, n.º 23, pp. 170-172.

³⁹ *Idem*, pp. 174, 176, 178; desde luego el historiador de las mentalidades está todavía muy lejos de aprovechar todas las posibilidades cognitivas que le ofrecen en la actualidad los métodos cuantitativos, sin que de ninguna manera ello signifique que debamos elevar tácitamente el empleo de éste o de otro método a la categoría de una teoría de la historia.

⁴⁰ «En marge des *Annales*», *Le Débat*, n.º 17, pp. 114, 116, 117, 119.

La historiografía anglosajona viene criticando con energía esta tendencia reciente de la historiografía francesa a minusvalorar el cambio en la historia, potenciando sobre todo la historia inmóvil, permitiendo el predominio de lo sincrónico sobre lo diacrónico y que la sofisticación metodológica usurpara el papel principal del proceso histórico en sí mismo, hasta tal punto que las cualidades de un historiador hoy se miden, dicen, por su aptitud en otra disciplina de presumida relevancia⁴¹. Hay que reconocer la pertinencia de estos reproches, siempre y cuando no nos lleven a un repliegue de la historia sobre sí misma, peligro que hoy parece lejano.

¿Es posible que hoy ya no sea como en 1967 «una minoría de la minoría» quienes en Francia, víctimas de cierto vértigo, estarían dispuestos a aceptar la dilución de la historia en las ciencias humanas?⁴² Concretamente, en lo relativo a la historia de las mentalidades, ¿se trata de una reacción exitosa de la historia, ante el empuje de la antropología y la sociología «que ponían en causa su dominio», que consigue la anejiación de nuevos objetos y nuevas técnicas⁴³?; o bien estamos ante la aceptación de la hegemonía provisional de la antropología en el seno de las ciencias sociales que, sin excluir otras direcciones de investigación, decide los temas que juegan «el rol de instancia de totalización»⁴⁴. Creemos que la colaboración interdisciplinaria entre la historia de las mentalidades y la antropología, y la psicología y las demás ciencias sociales, deben basarse no en la pugna por ver quién domina a quién, sino en un intenso intercambio que respete las diversas bases epistemológicas de cada una de las disciplinas; objetivo que tal vez en España la relación de fuerzas entre las ciencias sociales puede devenir más factible que en Francia.

Jacques Le Goff anunciaba que, para el año 1989, en que se cumpliría el sesenta aniversario de la revista *Annales*, ésta realizaría una encuesta sobre la crisis de la historia en general y de la escuela de *Annales* en particular, y que la redacción de la revista expondría al respecto sus opiniones y propuestas⁴⁵, lo que por su inusualidad es una prueba más de cómo se percibe la urgencia de clarificar y recomponer la uni-

⁴¹ L. STONE, «Retour au récit ou réflexions sur une Nouvelle Vieille Histoire», *Le Débat*, n° 4, 1980, pp. 122-123; E. FOX, E. GENOVESE, «La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto», *Historia Social*, n.º 1, 1988, p. 84.

⁴² J. LE GOFF, «Entrevista con Antoine Casanova, Octubre de 1967», *La Historia hoy*, p. 114.

⁴³ R. CHARTIER, *A história cultural entre práticas e representações*, pp. 14-15, 45.

⁴⁴ A. BURGUIERE, «Annales (École des)», *Dictionnaire des sciences historiques*, p. 49.

⁴⁵ Véase sobre este debate, C. BARROS, «El "tournant critique" de Annales», *Revista d'història medieval*, 2, 1991, pp. 193-197.

dad y la perspectiva de futuro de la *Nouvelle Histoire*; Le Goff, al mismo tiempo que admite la necesidad del debate, se queja de que las críticas a la *Nouvelle Histoire* le reprochan «una cosa y su contrario», ser incapaces de salir del carril de la tradición de *Annales* y renegar de ella abandonando la historia total por una historia «en migajas», aclarando que la primera crítica es más general que la segunda⁴⁶.

Son tres los niveles que designan, a la vez, la escuela de *Annales*⁴⁷:

- a) la revista, cuyo comité de dirección lo forman en 1989 Le Goff, Burguière, Le Roy Ladurie, Revel, Ferro, Morazé, Valensi y Lepetit (secretario);
- b) la *École de Hautes Études*, donde se encuentran además Nora, Furet, Chaunu, Besançon, Vilar...;
- c) el *esprit des Annales*, que en su acepción más amplia comprende a quienes se identifican con las concepciones históricas desarrolladas por Bloch, Febvre y sus discípulos. Sin duda el centro del debate se encuentra en el segundo nivel.

Un libro representativo de la crítica conservadora a la escuela de *Annales* es el publicado en 1983 por Hervé Coutau-Begarie, *Le phénomène «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, donde se lamenta que la escuela no recibe críticas globales y se la rodea de un aire de sacralidad⁴⁸, situación que el autor trata de remediar descubriendo el importante papel que juega la estrategia por el poder (Universidad, edición, medios de comunicación social) en el éxito y las preocupaciones de los *annalistes*, en cuyo futuro ve sombras, anotando datos como la falta de maestros indiscutidos como Bloch, Febvre, Braudel y Labrousse, las críticas internas recibidas (Besançon en 1980) y la concurrencia de otras corrientes emergentes —al margen de *Annales*— como la representada por Mousnier y Renouvin, acabando por reconocer que siendo la nueva historia el único grupo organizado, no son de prever grandes cambios, pero «la rehabilitación del relato, del acontecimiento y de la política ha comenzado ...»⁴⁹.

En defensa de una historia-ciencia del cambio, que busque la síntesis y la globalidad sin diluirse en las ciencias sociales, en línea con las dos primeras generaciones de *Annales* e hipercrítico respecto a la terce-

⁴⁶ Prólogo a la nueva edición (1988) de *La Nouvelle Histoire*, pp. 10, 12.

⁴⁷ A. BURGUIÈRE, «Annales (Ecole des)», *Dictionnaire ...*, pp. 46-47.

⁴⁸ *Le phénomène «Nouvelle Histoire» ...*, pp. 10-14.

⁴⁹ *Idem*, pp. 317-320.

ra, citaríamos en primer lugar el libro de François Dosse, *L'histoire en miettes. Des «Annales» a la «nouvelle histoire»* (1987)⁵⁰.

Historia social de las mentalidades

La historia de las mentalidades conserva un gran atractivo para el investigador: le plantea el reto y le ofrece la posibilidad de escudriñar los modos de pensar, de sentir, de imaginar y de actuar de los hombres, el sujeto de la historia, en un sugestivo esfuerzo interdisciplinar.

Sin embargo, las brumas con que se cubre a menudo el nuevo objeto de investigación, el distanciamiento de la historia social, su desemboque en las playas de la larga duración y de la historia inmóvil, el apartamiento del tiempo corto, el acontecimiento y la historia móvil, disuadieron a no pocos historiadores, que vieron en el estudio de lo mental más riesgo e imprecisión que seguridad y rigor, permaneciendo al margen del nuevo territorio.

¿Cómo responder a las dos inquietudes para salir del impasse actual? Reuniendo historia social e historia de las mentalidades: reinventando la historia social de las mentalidades. Sin la mentalidad «no podría hacerse historia social»⁵¹, pero más cierto es aún que sin la historia social cada vez va a ser más difícil hacer historia de las mentalidades. El auge de la antropología histórica y de la nueva historia cultural en los estudios franceses del «tercer nivel», el debate en curso sobre la escuela de *Annales*, las precedentes debilidades teóricas del concepto y las dificultades reales que siempre tiene el historiador para adoptar técnicas nuevas: bien pueden volatizar los logros positivos de la historia de las mentalidades, si ésta no se consolida como una línea de investigación que colabora pero no se integra en las disciplinas vecinas, si no desarrolla en suma el proyecto historiográfico original de *Annales*.

A principios de la década pasada, Georges Duby escribía que «si pretendemos que la historia social progrese y conquiste su independencia, conviene situarla en el punto en que convergen la historia de la civilización material y la historia del pensamiento colectivo», y no se refería solamente a la historia social como historia global, también a la historia social en un sentido más restringido, como historia de los mo-

⁵⁰ Con posterioridad a la elaboración de este trabajo, he llevado a cabo la crítica de la crítica de Coutau-Begarie y Dosse a *Annales* en «La 'Nouvelle Histoire' y sus críticos», *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, n.º 9, 1991, pp. 83-111.

⁵¹ J. P. POLY, E. BOURNAZEL, *El cambio feudal (siglos X al XII)*, Barcelona, 1983 (París, 1980), p. 19.

vimientos sociales, por lo que animaba a estudiar las actitudes mentales de los participantes en las rebeliones medievales⁵². Claro que advertía, en 1970, «habrá que esperar mucho tiempo» antes de que esa historia social de las mentalidades sea posible⁵³. La tarea sigue hoy más pendiente que nunca. Y su propulsión como línea de investigación habrá de contribuir indudablemente a dar continuidad al «espíritu de *Annales*» en su versión más permanente, innovadora y atrayente, y menos afectada por el «paso brusco de las modas contradictorias del momento».

El estudio histórico de las mentalidades sociales en España tiene a su favor lo siguiente:

1. Un interés por la historia social que no ha decaído al ritmo de Francia; junto a los estudios —predominantes— de las estructuras sociales y económicas, está presente toda una tradición en la investigación de movimientos, conflictos y revueltas sociales, el factor dinámico de la historia social, cuya vigencia lo prueba verbigracia la aparición en 1988 de la revista *Historia Social*.
2. La influencia nada desdeñable de la historia social inglesa, de gran calidad, cuyas características la hacen idónea para compensar las insuficiencias actuales de la historiografía francesa.
3. El débil eco de la historia de las mentalidades durante los pasados veinte años —sin punto de comparación con la recepción de la historia socioeconómica en los 60 y 70—, tiene la ventaja de permitirle al investigador sortear con más facilidad los peligros detectados en la más desarrollada experiencia francesa.

Es posible una historia social de las mentalidades, que sea historia, que sea social, no mimética, que establezca un diálogo directo y audaz con las ciencias sociales en función de las necesidades de la investigación, que no se quede paralizada en la teoría sino que avance principalmente sobre la base de la práctica investigadora. Tal línea de investigación supone un frente pionero no sólo por la novedad de la temática de lo mental en la historia y más en España, sino porque las mentalidades colectivas aliadas a la historia social, nos conducen a la cuestión de las articulaciones entre la infra y la superestructura, y al papel del hombre-social en los acontecimientos, problemas fundamentales de hoy y de

⁵² G. DUBY, *Historia social e ideologías de las sociedades ...*, pp. 10, 36-37.

⁵³ G. DUBY, «Historia social e historia de las mentalidades. La Edad Media, 1970», *La Historia hoy*, Barcelona, 1976 (París, 1974), p. 259.

siempre de la historia, si cabe más de actualidad por el debate en curso acerca de la historia total y, más allá, sobre la pertinencia y autonomía de la historia como ciencia social.

¿Qué puede aportar la vieja historia social anglosajona al historiador de las mentalidades sociales? Desarrollada alrededor de la revista *Past and Present*, más o menos a la par de la nueva historia francesa, incorpora tres orientaciones⁵⁴, cuya continuidad resalta hoy su valor historiográfico:

- a) Más interés por el cambio que por la estabilidad, por las transformaciones y las crisis sociales que por las estructuras estáticas; el *Debate Brenner*, a partir de 1976, es un claro ejemplo del vigor y de la madurez de esta vía investigadora.
- b) El interés por los conflictos, las revueltas y las revoluciones sociales, particularmente en las sociedades preindustriales.
- c) La atención a la dimensión política de los hechos históricos y al poder, incluso cuando los sujetos no son virtualmente políticos.

Esta historia social se considera a sí misma superior a la practicada por *Annales*: se ocupa de «los factores básicos de la historia», entendiendo —justamente— que la desatención a los fenómenos de cambio quita «dimensión histórica» a la investigación⁵⁵. Critica asimismo esta historia social a *Annales* por el exceso de cuantificación, basándose en que a veces resulta innecesaria, con frecuencia no es explicativa y acarrea el peligro de deshumanizar la historia⁵⁶; sin dejar de reconocer sus razones, ¿no encierra por su parte el riesgo de renunciar a enfoques metodológicos más precisos, menos impresionistas? Se mantienen además reservas hacia la historia total —propugnada también por Pierre Vilar— por su indefinición, por venir a ser una «historia interminable» y resultar la simple suma de cosas muy distintas⁵⁷, frenando objetivamente explicaciones más exactas y complejas del devenir histórico, por ejemplo las que incluyen el estudio pleno, económico, socio-político y mental, de la acción humana en la historia.

Con todo, la historia social angloamericana se interroga también por el futuro: descontenta con los resultados logrados, está hoy en una

⁵⁴ J. OBELKEVICH, «Past and Present. Marxisme et histoire en Grande-Bretagne depuis la guerre», *Le Débat*, n.º 17, 1981, pp. 93-97.

⁵⁵ J. GIL PUJOL, *Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona*, Madrid, 1983, pp. 27, 35.

⁵⁶ *Idem*, pp. 28-30.

⁵⁷ *Idem*, p. 19.

fase de preocupación metodológica⁵⁸. Voces de alarma plantean si *Past and Present* al ganar la respetabilidad y el éxito no ha perdido su instinto de innovación, su poder de animar e inspirar, poniéndose como ejemplos la distancia de la revista respecto de nuevos caminos de la práctica historiográfica: historia de las mujeres, historia de la familia, historia oral, y la experiencia de los talleres de historia, *History Workshops*⁵⁹. El alejamiento de la historia social en relación con la psicología es precisamente una de esas insuficiencias que frenan el desarrollo de la historia social anglosajona: «Para el historiador riguroso y prudente, la psicología revela un potencial enorme; pero es un potencial que *Past and Present* no hace nada por avivar»⁶⁰. En la cooperación con la psicología tenemos pues una vía esencial para la superación de la crisis actual de la historia social⁶¹.

Muy tempranamente la historiografía social inglesa abandona el hábito de colocar el estudio de la ideología como un simple añadido al primordial análisis económico-social de los movimientos sociales: en 1963, E. P. Thompson investiga la formación de la clase obrera inglesa a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, partiendo de la base de que «una clase es tanto una formación cultural como económica»⁶²; en 1971, estudia la «economía moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII, concluyendo que la acción directa era consecuencia de prácticas económicas ilegítimas que la gente veía como atropellos morales, no debiendo el historiador, decía, caer en «un reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función»⁶³, con lo que entramos de lleno en el concepto de mentalidad.

⁵⁸ *Idem*, p. 37.

⁵⁹ J. OBELKEVICH, *op. cit.*, pp. 106-111.

⁶⁰ *Idem*, p. 106.

⁶¹ *La psicología, la cual se divide ideológicamente dentro de ella misma, tiene, hasta este punto, mucho más que ofrecer a los historiadores, no porque sea más científica que otras disciplinas, ni mucho menos porque en su aspecto general se acerque más a nuestro marxismo. Más bien, porque en su forma freudiana al menos tiene la virtud de devolvernos a los irreconciliables antagonismos inherentes a la condición humana (...). No debería sorprender a nadie el que las presuposiciones psicológicas de la tan contemporánea historia social, dominada como está por la ideología liberal, renuncie a la psicología freudiana por una de las alternativas*, E. FOX, E. GENOVESE, «La crisis política de la historia social ...», p. 109.

⁶² E. P. THOMPSON, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1789-1832*, I, Barcelona, 1977, p. 13.

⁶³ E. P. THOMPSON, *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, 1979, pp. 64-66; sobre el papel del sentimiento de agravio en el estallido de la revuelta popular, C. BARROS, *Mentalidad justiciera de los irmandiños*, *siglo xv*, Madrid, 1990, pp. 31 ss.

Otro punto de referencia, en los años 60, es el estudio de E. J. Hobsbawm de los bandidos sociales⁶⁴, que incluía su presencia en la memoria y la mentalidad popular; así, entre 1958 y 1961, R. H. Hilton y otros analizan la cuestión de Robín de los Bosques⁶⁵. Forma parte de esta misma tradición la obra de George Rudé que, en 1964, indaga los motivos y creencias de la multitud preindustrial y se pregunta «¿Cómo se desarrolló la “mentalidad colectiva” de la multitud ...?»⁶⁶; más recientemente ha preferido este autor el concepto de «ideología popular de protesta»⁶⁷ para referirse a lo que nosotros hemos denominado mentalidad de revuelta⁶⁸.

Si los precedentes que venimos de referir son de un gran interés para el historiador social de las mentalidades, no lo son menos los que podemos deducir de la historiografía francesa, pese a su menor inclinación hacia la historia social. Distinguiríamos dos tipos de investigaciones: las mentalidades en la revolución y en los movimientos sociales; y las mentalidades en las estructuras y las relaciones sociales.

La primera dirección es paralela a la inglesa, y tiene vital importancia para quienes preconizamos la reincorporación de la historia de las mentalidades «a una más amplia historia socio-económica de la cual se había “emancipado” un poco imprudentemente»⁶⁹. De nada valdría lamentarnos por el desgajamiento de las mentalidades del ámbito de lo histórico-social, si descuidásemos la historia social en su sentido más restringido, como historia de los movimientos sociales: es la vinculación con la historia-cambio lo que mejor puede contrarrestar el *émiettement* de la historia de las mentalidades en múltiples objetos instalados en la larga duración.

El gran tema de las investigaciones francesas sobre mentalidades colectivas y revueltas sociales, desde Lefebvre a Vovelle, es la revolución de 1789. El punto de partida es *La grande peur de 1789*, publicada por Georges Lefebvre en 1932⁷⁰, obra que Lucien Febvre reseñó

⁶⁴ E. J. HOBBSBAM, *Bandidos*, Barcelona, 1976; este tema ha sido desarrollado por la historiografía modernista catalana, M. CARRERA BONADONA, «La història de les mentalitats a Catalunya», *L'Avenç*, n.º 106-7, 1987, pp. 44-45.

⁶⁵ *Past and Present*, n.º 14, 18, 19 y 20.

⁶⁶ G. RUDÉ, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, 1979, p. 245.

⁶⁷ G. RUDÉ, *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, 1981 (Londres, 1980), p. 33.

⁶⁸ C. BARROS, *Mentalidad justiciera ...*, p. 31.

⁶⁹ M. CARRERA, *op. cit.*, p. 40.

⁷⁰ G. LEFEBVRE, *El gran pánico de 1789. La Revolución Francesa y los campesinos*, Barcelona, 1986.

elogiosamente desde el punto de vista metodológico cara a una historia psicológica⁷¹, y que siendo una de las obras fundadoras de la historia de las mentalidades y de la escuela de *Annales*⁷², no ha recibido posteriormente la atención merecida⁷³. Esta investigación paradigmática de Lefebvre analiza monográficamente la historia de un rumor colectivo, acerca de que los nobles estaban armando a los bandidos para atacar a la población, cuya propagación en el verano de 1789 por toda Francia dio un impulso decisivo a la insurrección campesina y popular.

Las mentalidades ya no dejaron de estar presentes en los estudios de la revolución. Albert Soboul en *Les Sans-Culottes parisiens en l'an II*⁷⁴, publicado en 1962, introduce la manera de vestir y de comportarse, el igualitarismo y los sentimientos hostiles hacia la aristocracia y la riqueza, junto con otros aspectos de la mentalidad popular, como factores importantes en la explicación del rol de los *sans-culottes* en la revolución y el terror.

Michel Vovelle resume todas estas investigaciones en *La mentalité révolutionnaire. Société et mentalités sous la révolution française* (1985). Inicia el libro comentando lo inhabitual que es abordar el hecho revolucionario desde la historia de las mentalidades, primero porque la historiografía francesa y *Annales* están aún ahora redescubriendo el tema de la revolución, y también porque la historiografía de la revolución ha desconfiado durante un tiempo de la nueva lectura de lo mental⁷⁵. Quizás Pierre Vilar tenía algo de razón cuando en pleno auge de la historia de las mentalidades aconsejaba, en 1979, a los historiadores marxistas la investigación de la toma de conciencia social⁷⁶, camino que Thompson había recorrido en Gran Bretaña y que tenía el ilustre precedente de Lefebvre, experiencias que apuntan, a pesar del tiempo transcurrido, el grado de complejidad y de innovación que la investigación de la historia social de las mentalidades puede alcanzar.

Las historiografías modernista y contemporaneísta son las que más se preocuparon por abordar las luchas sociales desde el nuevo ángulo

⁷¹ *Pour une Histoire à part entière*, París, 1962, pp. 820-828.

⁷² J. REVEL, «Gènesi i crisi de la noció de 'mentalitats'», p. 10.

⁷³ Delumeau vuelve a estudiar la cuestión en 1978, desde un punto de vista más estructural, aunque también recoge la relación miedo-sedición, *La peur en Occident, XIV-XVIII siècles*, París, 1978, pp. 143-144.

⁷⁴ A. SOBOUL, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, 1987.

⁷⁵ *La mentalité révolutionnaire ...*, París, 1985, pp. 9 ss.

⁷⁶ M. VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985, p. 8; «Entrevista con Michel Vovelle», *Ler Història*, n.º 8, 1986, p. 108.

de las mentalidades. Durante los años 70, las mentalidades colectivas de los actores, obreros, y populares, de la Francia contemporánea son investigadas por M. Agulhon (*La République au village*, 1970), M. Perrot (*Les ouvriers en grève. France, 1871-1890*, 1974), R. Trespé (*Les mineurs de Carmaux*, 1971). Maurice Agulhon propone, en 1980, que a la realidad de las mentalidades, «a menudo derivada de los análisis de historia social», habría que dedicarle estudios exclusivos, dejando de ser así un subsector de la historia social⁷⁷. Nueve años después, la historia de las mentalidades no llegó a fundar claramente una disciplina específica de investigación, sin embargo sí se emancipó de la historia social, pero en exceso, lo cual también tiene sus ventajas.

Jacques Revel decía hace poco que «se equivocan cuando dicen que el historiador de las mentalidades no entra en conflictos sociales, porque su objetivo no es la lucha de tipo económico o social en el sentido clásico sino una lucha simbólica tan importante como las otras formas de lucha y que tiene su propia especificidad»⁷⁸. Para nosotros la lucha por los símbolos es parte inseparable de la lucha económico-social; pero estamos plenamente de acuerdo en que los resultados obtenidos por la antropología simbólica son capitales para retornar con nuevas herramientas a la conjunción historia social-historia de las mentalidades.

La historiografía medieval francesa de las mentalidades ha privilegiado el estudio sincrónico de la sociedad global. El punto de partida es, desde luego, *La société féodale* (1939) de Marc Bloch, donde se estudia a la vez la relación de vasallaje, las clases sociales y la «atmósfera mental»: las «formas de sentir y de pensar», la «memoria colectiva» ...⁷⁹. La amplia concepción que tenían los fundadores de *Annales* de lo social como totalidad, hacía de la mentalidad un aspecto de la estructura de la sociedad. Enfoque estructural que es adoptado por Le Goff y Duby en los años 60 al proceder a la recuperación del dominio de lo mental. Así en 1965 Jacques Le Goff combina como Bloch la economía, la sociedad, la lucha de clases y las mentalidades en *La civilisation de l'Occident médiéval*⁸⁰; asimismo pertenecen a esa década sus elaboraciones acerca del tiempo y el tra-

⁷⁷ *La recherche historique en France depuis 1965*, p. 52; ejemplos recientes de estudios conjuntos de historia social y de historia de las mentalidades: J-F. SOULET, *Les Pyrénées au XIX siècle. T. I, Organisation sociale et mentalités; t. II, Une société en dissidence*, Toulouse, 1988; D. LEJEUNE, *Les «alpinistes» en France a la fin du XIX et au début du XX siècle. Étude d'histoire sociale, étude de mentalité*, París 1988.

⁷⁸ «Génesi i crisi de la noció de 'mentalitats'», p. 18.

⁷⁹ M. BLOCH, *La sociedad feudal*, Madrid, 1986.

⁸⁰ J. LE GOFF, *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, 1969.

bajo en los sistemas de valores medievales, y los campesinos y los oficios en las fuentes literarias⁸¹; su compilación *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle. 11e-18e siècles*⁸²; su estudio sobre las categorías sociales en San Francisco de Asís⁸³, etc. Reyna Pastor anota de Georges Duby que la cuestión nodal del conjunto de trabajos *Hommes et structures du Moyen Age* es enlazar historia social e historia de las mentalidades⁸⁴, indagando el feudalismo como mentalidad medieval, la vulgarización de modelos culturales, el vocabulario de la caballería en su origen... En 1974, al tiempo que Le Goff en el volumen «Nuevos temas» de *Faire de l'histoire* define la mentalidad como ambigua, Duby, en el volumen «Nuevos problemas», escribe *Histoire sociale et idéologies des sociétés*⁸⁵, mostrando una preocupación por el estudio de las ideologías en el marco de una historia social de las mentalidades que le llevará, en 1978, a un modélico estudio de una ideología dominante vista como una mentalidad, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*. En 1980, todavía Duby insiste en que hay que «estudiar las ideologías» y las mentalidades, y pone como ejemplo de síntesis la obra de Le Goff sobre la civilización medieval de 1965⁸⁶. La verdad es que la vía abierta por *Les trois ordres* quedó más bien sin desarrollos posteriores⁸⁷, por mucho que el creciente interés por el imaginario podía —puede— agrandar la encuesta de los sistemas ideológicos, siempre que naturalmente se enfocara como imaginario social. En todo caso, las obras de Duby son punto de referencia para una renovada historia de las mentalidades sociales, como lo son en general las de otros historiadores que después de él salieron de Aix-en-Provence: Michel Vovelle, Maurice Agulhon, Philippe Joutard —historia oral—⁸⁸, Paul Veyne —sociología histórica—⁸⁹.

⁸¹ J. LE GOFF, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, 1983.

⁸² *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial. siglos XI-XVIII*, Madrid, 1987.

⁸³ *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, 1978, pp. 108-149.

⁸⁴ G. DUBY, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1977, p. 8.

⁸⁵ *Hacer la Historia*, I, pp. 157-177.

⁸⁶ «Orientations des recherches historiques en France. 1950-1980», *Mâle Moyen Age...*, pp. 255-256; véase asimismo *Histoire sociale, sensibilités collectives et mentalités. Mélanges Robert Mandrou* (1985), pp. 34-35.

⁸⁷ Tenemos una notable excepción, O. NICCOLI, *I sacerdoti, i guerrieri, i contadini. Storia di un'immagine della società*, Turín, 1979.

⁸⁸ *La légende des Camisards: une sensibilité au passé*, París, 1977.

⁸⁹ *Le Pain et le Circe, sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, 1976.

De la ambigüedad a la definición

En nuestro criterio la vulgarización histórica debe de estar en manos de los historiadores, que no pueden situarse al margen de la época que les toca vivir y han de conmovirse y atender de alguna manera a todos aquellos temas, grandes y pequeños, públicos y privados, que más interés suscitan en el hombre de hoy⁹⁰: sin llegar a trasmutarse en una pluma en el viento, abjurando de su función social y científica. Es más, el futuro y el prestigio de la historia como medio de evasión y como medio de formación, depende —más de lo que piensan algunos— de que mantenga o no el alto nivel alcanzado como ciencia social autónoma; por algo el lector busca en el libro de historia algo que difícilmente le puede ofrecer, por ejemplo, la novela histórica: el qué, el cómo y el por qué de las sociedades y de las culturas históricas.

Decimos que el futuro de la historia de las mentalidades como disciplina está en la reanudación, en un nuevo nivel científico, de sus tradicionales relaciones (nunca rotas del todo) con la historia social, porque sólo así la historia de las mentalidades contribuirá a la explicación de la actividad humana en la historia; más allá de una función cultural, coyuntural, de satisfacer la nostalgia colectiva por un pasado perdido... La significación científica del estudio de las mentalidades sociales radica en que nos permite descubrir la determinación *en primera instancia* de los hechos históricos, cuya conexión con la determinación en última instancia, ubicada en las condiciones materiales de existencia, devendrá factible a través de la unidad social del sujeto humano de la historia. La continuidad de la historia de las mentalidades tiene, por tanto, su máximo sentido historiográfico en el marco de una *historia de la subjetividad* que responda a la necesaria humanización de la historia desde el punto de vista social, antropológico, episódico, político, etc.

Investigar la subjetividad humana mediante las mentalidades, exige invertir el proceso de dispersión expansiva que ha seguido este término en la historiografía francesa, sin renunciar a la parte positiva de dicho proceso: reconocimiento generalizado de la necesidad de investigar los modos de pensar, sentir, imaginar y actuar de la gente; extensión de ese nuevo enfoque a la mayor parte de las disciplinas del «tercer nivel»; experiencia interdisciplinar con la antropología y el psicoanálisis (Be-

⁹⁰ Verbigracia, Lawrence Stone incluye entre las cuestiones históricas que apasionan al gran público: la movilidad social, la protesta popular y las esperanzas milenaristas, los conflictos sociales, «Retour au récit ou réflexions sur une Nouvelle Vielle Histoire», *Le Débat*, n.º 4, 1980, p. 132.

sançon); y sobre todo la referencia de las obras de los años 60 —y sus continuadores posteriores y actuales— que analizan la mentalidad en la sociedad, fieles a la idea de una historia de los hombres en sociedad.

Pasar pues del desarrollo extensivo de la historia de las mentalidades a un desarrollo intensivo, pasar de la ambigüedad querida a la concreción perseguida de las mentalidades como concepto⁹¹ y disciplina de investigación⁹², es una imperiosa necesidad para contrarrestar con la ayuda de la historia social la avanzada disolución del nuevo territorio en la multiplicidad de los objetos, de los tiempos y de las disciplinas. La articulación de lo mental, en su sentido más amplio, que supere el desmigajamiento actual será factible cuando la instancia de totalización, el tema central de la encuesta de las mentalidades, vuelva a ser el sujeto humano en la historia, en la gran y la pequeña historia de las sociedades y de las sociabilidades. El tiempo largo, la historia inmóvil, dejan de ser algo novedoso para el historiador cuando no se resiste a la tentación de enarbolar la lentitud como el anti-cambio, auspiciando una teoría histórica de las permanencias que nos retrotrae a naturalezas humanas atemporales, ajenas en definitiva a la historia real. El estudio de las mentalidades en su contexto histórico y social, utilizando creadoramente los paradigmas de la psicología y de la historia social, posibilitará recuperar y articular la corta y la larga duración, la historia-cambio con la historia lenta. Y qué decir de la tendencia de la historia de las mentalidades a la absorción por las disciplinas y ciencias sociales vecinas: o bien nos resignamos y nos aprestamos a especializarnos en una de esas disciplinas fronterizas, o bien redefinimos la historia de las mentalidades como disciplina específica de investigación en relación con aquellos campos que identifican y diferencian a la historia como ciencia social, y que constituyen la base más sólida de su prestigio en los ámbitos científicos y culturales, esto es, la historia social y todavía la historia de los acontecimientos, la historia-historia, cooperando por lo demás, en plano de igualdad, con todas las restantes ciencias sociales y especializaciones de la historia.

Para llegar con la historia de las mentalidades a la seguridad —siempre relativa, ciertamente— de objeto y de método que ha llegado ha os-

⁹¹ Sobre el papel de los conceptos en el progreso de la historia, P. VEYNE, «La historia conceptualizante», *Hacer la Historia*, I, pp. 75-104.

⁹² *La historia de las mentalidades constituye menos una verdadera subdisciplina en el interior de la investigación histórica que un campo de interés y de sensibilidad relativamente vasto, quizás heterogéneo*, J. REVEL. «Mentalités», *Dictionnaire de sciences historiques*, París, 1986, p. 450.

tentar la historia social angloamericana, la historia económica o la historia demográfica, la multiplicidad de objetos y de métodos producidos durante veinte años son un inconveniente pero también una facilidad: proporciona la masa crítica suficiente para un proceso de inventario, selección y recomposición.

El primer paso es llegar al consenso siguiente: para delimitar una disciplina abierta, sin murallas, que incite a la innovación y al diálogo con otras ciencias sociales, no es necesario mantener indefinido, vago, ambiguo, que abarca todo y no abarca nada, el concepto de mentalidad. Bastará con precisar, en la definición, la amplitud del objeto y la conveniencia y posibilidad de una investigación de vanguardia. El caso es que no hay ningún objeto del conocimiento —y menos aún una metodología de investigación— que se conserve vivo sine die sin ser definido con un mínimo de rigor, o siendo definido equívocamente de manera voluntaria, admitiendo a priori enfoques contradictorios, etc. Con ello no queremos decir que tenga que haber un concepto unívoco reconocido universalmente de la historia de las mentalidades, de hecho en este momento no lo hay; tampoco existe un único y absoluto concepto de historia, de cultura o de Edad Media, pero cada escuela o tendencia o investigador tiene su concepción y aporta sus matices, cuya publicación siempre es de agradecer, siendo de gran utilidad científica el debate conceptual, sobre todo si se evita que se transforme en un debate semántico o alejado de la práctica investigadora. En resumidas cuentas, respecto a la historia de las mentalidades deberíamos huir tanto de la descalificación previa y global ante la proclamada vocación de vaguedad, como del abandono actual al empirismo; sigamos el procedimiento habitual, que las hipótesis conceptuales y metodológicas previas se contrasten y reformulen en contacto con la praxis de la investigación, y el debate historiográfico subsiguiente.

Definir (lat. *definire*) es «delimitar los campos, poner límite». Ya adelantamos que nuestra proposición es que la historia de las mentalidades precise sus límites fronterizos de objeto y método con la antropología histórica y la historia cultural —asegurando los intercambios más estrechos—, retornando a su vinculación original con la psicología y la historia social, y cultivando la diversificación de contactos renovadores con las ciencias sociales a efectos de préstamos metodológicos⁹³,

⁹³ *La afirmación de que la investigación histórica, necesariamente, debe formar sus propios conceptos, parece errónea desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia. Es mucho más adecuado exigir que los historiadores se beneficien de los logros de otras disciplinas. Esto vale, sobre todo, para los términos que podríamos llamar ahistóricos: grupo social, producción ..., J. TOPOLSKY, Metodología de la historia, Madrid, 1982, p. 476.*

tomando conocimiento de las diferentes corrientes existentes en éstas, pero sin caer en la estrechez académica de miras y la radicalización del argumento polémico, que con frecuencia hacen aparecer como incompatibles experiencias y métodos disciplinarios que objetivamente no lo son.

La referencia teóricamente más segura para determinar el objeto de la historia de las mentalidades es sin duda la psicología científica. Con lo que retomamos la posición base de Lucien Febvre en sus *Combates por la historia*⁹⁴. En 1965, el sociólogo Bouthoul decía de la mentalidad: «Es el verdadero sujeto de la psicología social»⁹⁵.

En realidad también la antropología tiene en común con la psicología el estudio de las estructuras mentales, o si se quiere de los caracteres psíquicos, en las diferentes culturas, empezando por las llamadas primitivas, si bien su objeto como disciplina es más amplio: el hombre en todas sus dimensiones. El intercambio fructífero entre psicología y antropología, basado en la parcial comunidad de objeto⁹⁶, está casi inédito entre la psicología y la historia; es más, este vacío ha retrasado un desarrollo científicamente más atinado de la historia de las mentalidades, que hoy por hoy recibe más información sobre los procesos psíquicos de la antropología que de la propia psicología, con lo que supone de limitación de objetos y de métodos; la primera especialización de los antropólogos en mentalidades primitivas, por ejemplo, ha hecho que conozcamos peor la manera de investigar los factores conscientes en las mentalidades históricas, al tiempo que hemos aprendido mejor el valor del pensamiento simbólico; en general, la complejidad cultural de las sociedades históricas, clasistas y con Estado, obliga al historiador de las mentalidades a hacer su propia experiencia metodológica como tuvo que hacer en su momento la antropología. El desenvolvimiento autónomo de los estudios de las mentalidades sociales en la historia debería aportar cosas nuevas al conocimiento general de la psicología humana.

Hay dos cuestiones, que tienen que ver con la psicología, que explican hasta cierto punto el hecho de que la historia de las mentalidades, en contra de la intención de sus fundadores, evolucionase prácticamente al margen de la psicología: el total desinterés de los psicólogos por la historia, a diferencia de los antropólogos, salvo algunos psicoanalistas,

⁹⁴ L. FEBVRE, «Histoire et psychologie» (1938), *Combats pour l'histoire*, París, 1965, pp. 107-220.

⁹⁵ G. BOUTHOU, *Las mentalidades*, Barcelona, 1971, p. 30.

⁹⁶ J. STOETZEL, *Psicología social*, Alcoy, 1982, pp. 38-44.

justamente la parte más polémica de la psicología; el predominio de la psicología de la conducta, desde los años 30 a los años 60, sustentada por el neopositivismo y con una fuerte tendencia a la experimentación y a la psicología individual y biológica, que poco tenía que ofrecer a los historiadores. Uno y otro problema están conectados entre sí.

El paradigma conductista (behaviorismo) considera solamente factible la observación objetiva y la medición científica de la conducta humana, no de los procesos mentales que subyacen en ella. La caída del positivismo, que trajo consigo el ascenso de *Annales* y de *Past and Present*, supuso asimismo la emergencia de una psicología del conocimiento o cognitiva que nace en los años 60, madura en los años 70 y es hegemónica en la actualidad entre los psicólogos.

En suma, si el psicólogo puede analizar y medir científicamente la actividad mental global, ¿por qué no ha de ser capaz el historiador de medir las mentalidades antiguas?⁹⁷; aun teniendo en cuenta las limitaciones que impone la documentación conservada y la imposibilidad de observar directamente como el antropólogo o de entrevistar personalmente como el psicólogo social, aun sabiendo que hay que adaptar o crear las herramientas en función del medio específico temporal y social estudiado.

El objeto de la historia de las mentalidades no puede ser otro que la actividad mental humana⁹⁸ en su globalidad, con el fin de comprender mejor el comportamiento y las relaciones de la sociedad, y los hechos que ha protagonizado el sujeto colectivo de la historia. El objeto del historiador de las mentalidades coincide, en resumen, con el de la psicología cognitiva⁹⁹ y la psicología social, sin que ello signifique que la investigación de la actividad, los procesos y las estructuras mentales (precisiones que suele hacer la psicología para referirse a lo que nosotros generalizando hemos llamado mentalidad) en la historia, pueda permitirse el lujo de permanecer fuera del campo de actuación de la psicología conductista y del psicoanálisis. La conducta social, y aun el acontecimiento histórico en general, es una fuente excelente para la ob-

⁹⁷ Hemos tratado el problema de la doble objetivización, tanto desde la posición del historiador-sujeto como del protagonista histórico-sujeto en C. BARROS, *Mentalidad y revuelta...*, pp. 1-35.

⁹⁸ De acuerdo con nuestra experiencia en el estudio de las mentalidades históricas, siempre complejas, es preciso articular todos o parte de los cuatro procesos cognitivos, siguientes: pensamiento racional, sentimiento, imaginario e inconsciente, C. BARROS, *Mentalidad y revuelta...*, pp. 3-4.

⁹⁹ *Psicología cognitiva es el análisis científico de los procesos mentales y estructuras de memoria humanos con el fin de comprender la conducta humana*, R. E. MEYER, *El futuro de la psicología cognitiva*, Madrid, 1985, p. 17.

tención de datos mentales con una metodología adecuada. Por otro lado, una historiografía pionera de las mentalidades colectivas no sería tal si desconociese la contribución paradigmática de Freud a la psicología y a las ciencias sociales. El nuevo territorio del historiador es tan amplio y tan preciso como el objeto de la psicología cognitiva, conductista y psicoanalítica: la mentalidad y la conducta humanas en todas sus facetas psicológicas. La concurrencia de la antropología y de la sociología en el estudio del mismo objeto, es para la historia una fuente de información y un ejemplo metodológico a seguir, al objeto de importar temas y métodos sin resultar fagocitados por —en este caso— la psicología, ciencia social a buen seguro no demasiado «imperialista».